



Encuentros con la palabra. Hermann Rodríguez Osorio, S.J.

IV Domingo de Cuaresma – Ciclo B - Marzo 15 de 2015

“Dios amó tanto al mundo, que le dio a su Hijo único (...)” (Juan 3, 14-21)

Circulan por la internet miles de mensajes de todo tipo. He recibido algunos sobre la frase que el Señor dice a Nicodemo, fariseo y hombre importante, que “fue de noche a visitar a Jesús” (Jn. 3,2): “Pues Dios amó tanto al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo aquel que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna”. Uno de estos mensajes se llama: Mi hijo murió por ustedes y cuenta la historia de una misteriosa enfermedad, que se va propagando por todo el mundo de una manera veloz, y muy pronto se hace incontrolable. Los países cierran sus fronteras tratando de evitar el contagio, pero en pocos días el mundo entiende que no hay forma de atajar su fuerza destructora. Un día informan que ha sido descifrada la composición del virus y se anuncia que pronto se encontrará una vacuna. Los científicos necesitan sangre que no haya sido infectada. Piden voluntarios para realizar estas pruebas. El protagonista de la historia va a un hospital cercano con su familia. Después de los exámenes correspondientes, aparece un médico saltando de alegría y anuncia que una persona allí presente está completamente exenta del virus y su sangre servirá para hacer el antídoto contra la mortal enfermedad. El nombre que grita el médico es el del hijo menor del protagonista, que queda atónito. Pero más desconcertado queda cuando le piden que firme un permiso para utilizar la sangre del niño en el procedimiento, y descubre que necesitarán toda la sangre...

El doctor le ruega al hombre que firme y le explica que está en juego la salud de toda la humanidad... El hombre, presionado por la urgencia de los médicos y las catastróficas consecuencias de la terrible enfermedad, termina firmando el documento. Después va a visitar a su hijo. El niño le pregunta a sus papás ¿qué está pasando? El papá lo toman de la mano y le dice: “Hijo, tu mami y yo te amamos y nunca dejaríamos que te pasara algo que no fuera necesario, ¿comprendes eso?” El médico regresa y pide permiso para comenzar el procedimiento lo más pronto posible, pues mucha gente está muriendo”. El niño comienza a llorar y le grita a sus papás por qué lo están abandonando...

La historia termina contando cómo a la semana siguiente, cuando hacen una ceremonia para honrar la vida de este niño, algunas personas se quedan dormidas en casa, otras prefieren irse de paseo o ver un partido de fútbol y otras vienen a la ceremonia con una sonrisa falsa fingiendo que les importa... La conclusión a la que llega el papá del niño es esta: “Quisieras pararte y gritar: “¡Mi hijo murió por ustedes! ¿No les importa?”

Me gusta la trama, me gusta la tensión que mantiene la historia hasta el final; pero, sinceramente, no me gusta el final. No me imagino a Dios echándonos en cara el sacrificio de su Hijo... En el versículo siguiente, Jesús dice: “Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de él”. ¡Qué maravilla! Dios nos invita con cariño a no despreciar el sacrificio de Jesús y a celebrarlo a la luz del día, viviendo según la verdad, porque “los que viven de acuerdo con la verdad, se acercan a la luz para que se vea que todo lo hacen de acuerdo con la voluntad de Dios” y no como Nicodemo, que se escondía en las sombras de la noche para visitar a su maestro”.

* Sacerdote jesuita, Decano académico de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana – Bogotá